

han intentado mostrar que el discurso conforma una explicación del diseño del pensamiento superior compatible con el conocimiento sociocultural externo a la mente y con las representaciones procesadas internamente. Hay aquí una doble lección: los vygotskianos deben ser unos computacionalistas responsables, pero sólo en la medida en que los computacionalistas sean unos socioculturalistas responsables.

¿Gana el internalismo? En un sentido necesario y finalmente inocuo, sí, hemos dejado retornar el internalismo. Porque el individualismo no pudo sino acertar en una consideración: los mecanismos directos de la mente son internos, y el más regular de los mundos externos se debe mediatizar neurológicamente.

¿Cómo y dónde trazamos el límite entre la mente y el mundo? Depende. La gramática universal se entiende mejor como un elemento interno (no tiene sentido decir que se ha internalizado porque las condiciones medioambientales no son la fuente de la organización interna). Pero éste no es el caso de las estructuras de control. La mayoría de ellas tiene algún sustrato genético. «Pero no podemos explicar simplemente la historia de la gestión del pensamiento, la meta-representación, la inhibición, la recuperación del bloqueo, el habla para uno mismo, el posicionamiento en la resolución de problemas, el desarrollo y disfunción de la teoría de la mente y el problema del marco, como algo meramente interno. La estructura interna de estos elementos es atribuible a las condiciones del entorno: las propiedades metarrepresentacionales y metacomputacionales del lenguaje de programación que hay que aprender. Una historia meramente interna de la cuestión del control no es simplemente lo suficientemente rica» (p. 321).

## En las raíces de la subjetividad

Miquel Siguan  
*Universidad de Barcelona*

Nada podía serme más simpático que la propuesta del libro de Frawley. Desde que hace muchos años empecé a interesarme por el lenguaje infantil tuve que constatar la existencia de dos modelos, o de dos actitudes, distintas y aun opuestas a la hora de estudiar y de intentar entender el lenguaje en cualquiera de sus manifestaciones. Una que lo considera en primer lugar en sus aspectos formales y en relación con la actividad cognitiva, y que tiende a considerarlo como innato y relacionado con las estructuras nerviosas del ser humano, y otra que lo considera en primer lugar como un medio de comunicación y de socialización. Desde muy pronto pensé que los dos enfoques no sólo estaban justificados sino

que debían aceptarse solidariamente y que para ello no bastaba con combinar datos empíricos procedentes de los dos enfoques sino que era necesario contar con una teoría que diese cuenta de cómo el ser humano es a la vez biológico y social. Y en un nivel más amplio esto es lo que se propone en la primera página del libro de Frawley, mostrar la compatibilidad entre un enfoque computacional e internalista de la mente humana y un enfoque social y externalista. O, como dice en forma más atrevida, entre la explicación del ser humano como una máquina y como una persona. Aunque la verdad es que, también desde la primera página, queda claro que su intención es más sesgada y que lo que en realidad se propone es formular las ideas de Vygotski en términos computacionales. Para decirlo en sus propios términos, formular una teoría computacional vygotkiana que permita explicar aspectos que la teoría computacional clásica no es capaz de abordar.

Una de las preocupaciones principales de Frawley es mostrar la correspondencia entre las características del lenguaje privado o interiorizado con las características del pensamiento. Y de las diversas características que examina me voy a limitar a una. El solo hecho de nombrar la realidad implica ya un cierto desdoblamiento. La palabra refiere a un significado distinto de ella misma y distinto de quien la pronuncia. Por el hecho de nombrar la realidad el sujeto no sólo la conoce, y la conoce en un contexto determinado, sino que la conoce como «su conocimiento», como el conocimiento de un yo. Así la palabra funda la metaconciencia y con ella la conciencia del yo. Pero además, y éste es el aspecto en el que voy a insistir, el lenguaje contribuye al descubrimiento, o mejor a la constitución, de la intimidad por medio de recursos lingüísticos concretos y entre ellos por el uso de los pronombres personales.

Antes de seguir quiero señalar algo que siempre me ha sorprendido. Vygotski basa sus reflexiones sobre el lenguaje privado y su interiorización en una situación en la que el niño se enfrenta con los problemas que le plantea manejar objetos físicos como son las piezas de un juego de construcciones. Otros observadores han constatado la presencia de lenguaje privado en muchas otras situaciones. Y sin embargo, las discusiones sobre las funciones del lenguaje interiorizado, o lenguaje para el pensamiento como le gusta decir a Frawley, se siguen basando casi exclusivamente en situaciones en las que el sujeto intenta realizar algo con cosas o con símbolos. Basta estar familiarizado con niños pequeños para advertir que muy a menudo el lenguaje privado consiste en diálogos con interlocutores virtuales: animales, muñecos o simplemente imaginados. Incluso manejando las piezas de un juego de construcción, o cualquier otro material físico, ocurre a menudo que el niño personifica las piezas y simula diálogos entre ellos.

Y si, apelando a la introspección, acudimos a nuestro propio pensamiento advertimos que continuamente anticipamos el futuro y recordamos el pasado en función de nuestros proyectos, pero que los problemas que debemos resolver para realizar nuestros proyectos son, en gran medida, problemas en relación con otras personas; y que precisamente por ello el lenguaje interiorizado de nuestras anticipaciones y de nuestros recuerdos consiste en gran parte en diálogos recordados o imaginados. Todo lo cual parece que debería tenerse en cuenta no sólo a la hora de explicar la interiorización del lenguaje sino, más en general, a la hora de analizar las funciones del lenguaje en la conducta humana.

Frawley dedica varias páginas de su libro –páginas 240 a 244 en la versión española– a los pronombres personales, y de acuerdo con las ideas básicas de Vygotski, y siguiendo en este punto a Harre, explica que la gramaticalización de las personas en pronombres permite transformar categorías socio culturales en estructuras del pensamiento. Los pronombres se refieren siempre a agentes que son activos y producen cambios y al mismo tiempo son sujetos de responsabilidad moral, lo que nos lleva a distinguir personas de cosas. Pero hay algo más. Los pronombres personales permiten considerar a las personas desde distintas perspectivas. Estas perspectivas a su vez difieren en las distintas culturas y no es difícil ofrecer ejemplos aparatosos en este sentido. Pero incluso en una misma lengua el juego de los pronombres hace que un mismo sujeto pueda ser significado desde distintas perspectivas por el mismo hablante. Y es este ejercicio de poder considerarse a sí mismo desde distintas perspectivas lo que lleva al sujeto hablante a descubrirse como un «sí mismo». Y en apoyo de esta explicación cita ejemplo de niños que hablan de sí mismos usando «yo» o en forma impersonal según las circunstancias y la perspectiva en la que se sitúan. Una argumentación que podría resumirse diciendo que los pronombres como tales no incluyen el «sí mismo» pero que es utilizándolos, hablando de sí como de un «yo», como el niño se descubre, o mejor se constituye, como una subjetividad.

Al llegar aquí he de manifestar mi desacuerdo. El significado subjetivo de la palabra «yo», no está implícito en una gramática general innata pero tampoco esta implícito en unas relaciones sociales que, usando la palabra, se interiorizarían. El niño sólo se hace capaz de decir «yo» en la medida en que previamente ha descubierto su subjetividad. Es cierto que este descubrimiento no ocurre en un momento determinado y que la manera cómo el niño habla de sí mismo nos puede ayudar a entender su compleja evolución. Y es realmente curioso que los estudiosos del lenguaje infantil, capaces de dedicar volúmenes a la aparición y el desarrollo de las menores complejidades sintácticas, hayan sido tan parcos a la hora de documentar el desarrollo de los pronombres personales; pero el dato básico es que cuando el niño empieza a hablar ya es capaz de dialogar con los que le rodean.

Es un diálogo gestual que empieza muy pronto. En un primer momento es exclusivamente afectivo y busca el contacto y la fusión. Pero tiene una primera experiencia de reciprocidad en el cruce de las miradas y la sonrisa que le acompaña. Muy pronto también el diálogo gestual se hace pragmático, el niño expresa con gestos sus intenciones y responde con gestos de aceptación o de rechazo a las incitaciones de otros. Y así ante los intentos de la madre de ponerle la cuchara en la boca cuando él ya no desea comer más, separa la cara y da muestras de enfado. Y en estos enfrentamientos descubre que sus propias intenciones chocan con las de quien tiene enfrente. Y es esta conciencia de la intencionalidad propia en relación con la intencionalidad de otro lo que le constituye en un «sí mismo» y lo que le permite decir «yo» y «tú». Así se inicia un diálogo verbal que pronto se interioriza y que se continuará a lo largo de la vida en diálogos imaginarios con toda clase de interlocutores y que tienen como objeto las intenciones propias y las ajenas. Algo que las interpretaciones computacionales del pensamiento tienden a olvidar.

Aunque, como ya he señalado, todas las reflexiones de Frawley a lo largo del libro sobre la naturaleza del pensamiento superior se refieran a situaciones impersonales me queda la sospecha de que en el fondo es precisamente la aparición de la subjetividad, en el sentido de la intimidad personal, lo que más le preocupa. Y lo digo porque el último párrafo del libro, donde parece que debería resumirse su mensaje, lo que hace es contar un diálogo con su hijo de dos años que insiste en preguntarle que ¿dónde está mamá? Él le responde varias veces que no lo sabe y el niño sigue repitiendo la pregunta, cada vez más enfadado, hasta que el padre le dice que mamá está en la luna, respuesta que parece satisfacer al niño. Por lo que considera que para su hijo el lenguaje es ya un medio para manejar la realidad, el saber que la madre está en la luna le tranquiliza porque responde a su pregunta, pero que no advierte todavía que el pensamiento de su padre es independiente y distinto del suyo. Planteado como una cuestión cognitiva se puede suponer que el niño, multiplicando las situaciones, llegará a deducir que su pensamiento es exclusivamente suyo. Pero a mí me parece más natural pensar que, igual como el niño que no quiere comer retira su cara enfadado al acercarle su madre la cuchara, y así consigue a veces que la retire, el hijo de Frawley está empeñado en que el padre le conteste y toma sus afirmaciones de que no sabe dónde está su madre como una negativa a contestarle y no cesa hasta plegarle a su voluntad. O sea que el niño todavía no ha descubierto que hay cosas que su padre ignora, pero ya es perfectamente consciente de que las intenciones de su padre no siempre coinciden con las suyas y por tanto se trata de un auténtico diálogo.

Creo que con esto queda claro que así mi opinión se separa no sólo de la de Frawley sino también de la de Vygotski. El individuo se constituye como un «yo» intencional opuesto a un «tú» y es este diálogo primario lo que posibilita a la vez la aparición del lenguaje la socialización.

## La conciliación del sujeto pragmático y el sujeto computacional

María José Rodrigo  
*Universidad de La Laguna*

Simpatizo con la propuesta del autor de aspirar a una teoría unitaria de la mente social y computacional. En varias ocasiones he puesto también de manifiesto el vacío que existe, y ha existido históricamente, entre la psicología cognitiva y las tesis socioculturales (e.g., Rodrigo, Rodríguez y Marrero, 1993; Rodrigo, 1993; Rodrigo, 1997). Cuando ha predominado en la psicología científica